

SUPLEMENTO

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID.—MIÉRCOLES 6 DE JULIO DE 1870.

Obligados por las circunstancias a guardar silencio, algunos de nuestros colegas hablarán hoy por nosotros para que nuestros habituales lectores conozcan al menos los sucesos en que se ha fundado el acuerdo de la Junta Central Católico-Monárquica. Ante todo reproduciremos el documento que ayer remitió el señor secretario de la misma Junta Central a varios periódicos de Madrid.

Dice así:

Señor director de El Pensamiento Español: Muy señor mío y de mi consideración: El amor a la verdad es el título que invoco para distraer algunos momentos su atención, rogándole además de cabida en el periódico que dignamente dirige, a estas líneas, que contribuirán a esclarecer sucesos que están preocupando gravemente la atención pública.

La prensa católico-monárquica ha publicado una relación exacta de lo ocurrido en la noche del viernes último en el Casino carlista de Madrid. Aunque la agresión de que era objeto aquel establecimiento, legalmente constituido, pudo justificar su inmediata clausura por exigirlo así hasta la seguridad personal de los socios, no quiso la Junta Central proceder sin haberse agotado antes los recursos practicables, a fin de evitar un atentado que iba de afectar necesariamente a la existencia de una comunión política importante de España.

En la noche del viernes se acercó al Gobierno a quejarse y pedir amparo, una comisión a que pertenecía un individuo revestido con el carácter de diputado de las Cortes Constituyentes y miembro de la comisión permanente de las mismas.

No habían pasado dos horas de aquella entrevista oficial en la que el señor ministro de la Gobernación dio toda clase de seguridades, y la misma persona de la comisión era acometida violentamente, sin que la resguardase su elevado carácter, conducida a la prevención primero, y después al gobierno civil.

Todavía la Junta Central, empeñada en sostener la existencia legal del Casino, no quiso adoptar una medida que había de decir a España que las leyes no servían para evitar la consumación de escandalosos atentados, y volvió a presentarse delante del Gobierno y de la autoridad superior civil de la provincia, por medio de otra comisión, compuesta de dos diputados a Cortes los Sres. Vinader y Vildósola, el presidente del Casino, y además de la Junta provincial de Madrid, el que lo es de la comisión de protección y defensa de los carlistas, y el secretario de la misma Junta Central. A las cuatro de la tarde salía la comisión de desempeñar su honroso encargo, habiendo oído al señor ministro de la Gobernación repetir delante del señor gobernador civil estas solemnes declaraciones:

«Pueden el Casino y los socios que a él asistan, estar completamente tranquilos: doy a Vds. palabra de honor de que mientras yo sea ministro, nada tendrán que temer. Yo no quiero que se cierre un establecimiento que vive legalmente.»

A las nueve y media, esto es, pocas horas después de aquella conferencia, Madrid enteró sabe lo que sucedió, y alguna de sus calles conservará quizá todavía huellas de la sangre que por lo visto no pudo impedir se vertiera el señor ministro de la Gobernación. No el que suscribe, señor director, sino un periódico grave y nada afecto a la comunión carlista, ocupándose de estos acontecimientos, dice:

«Que las autoridades de Madrid intervenían cuando nada tenían que hacer, cuando no podían evitar las heridas y la muerte que señalaron la noche del sábado.»

En esta situación, y cuando la Junta central comprendió que empeñarse en sostener un derecho era entregarse sin defensa a la ira de las turbas, alentadas por la impunidad, fué preciso resolver que el Casino suspendiera sus reuniones, y que la prensa carlista, objeto también de atropellos, guardase silencio, al menos mientras atravesamos unas circunstancias en las cuales ejemplos tristísimos demuestran que puede costar la vida sostener derechos políticos que, si la ley concede, las autoridades cuando menos no pueden evitar que sean violados y atropellados.

En el Casino no se presentó, hasta muy entrada la noche del viernes, otra autoridad que la del jefe de orden público, horas después que a sus socios se atropellaba y veían seriamente amenazada su existencia.

Aún no han prestado, que se sepa, una sola declaración, ni en expediente gubernativo, ni en el juzgado de primera instancia.

A las nueve próximamente se reproducían el sábado los atentados del día anterior, que se agravaban con alevos asesinatos.

El que estas líneas suscribe vió pasar a las doce de la noche por la calle de Alcalá, en carreta descubierta, al señor gobernador de Madrid, que volvía de los Jardines del Buen Retiro.

El carácter de que estoy investido me veda, señor director, en estos momentos hacer un solo comentario, siendo mi único interés que España co-

nozca los hechos y que los juzgue la conciencia pública.

Soy de Vd. muy atento y S. S. Q. B. S. M.—El secretario de la Junta Central católico-monárquica.—El conde de Canija Argüelles.

Sobre los acontecimientos del día 2 de este mes, he aquí lo que he escrito el periódico republicano La Igualdad:

«Ayer, ha presenciado Madrid uno de esos espectáculos que dejan una profunda huella de amarga pena en el corazón y de pesadumbre y desaliento en el espíritu.»

Nuestros lectores tienen ya noticia del tumulto de anteanoche, en las calles contiguas a la que se halla establecido el Casino carlista; pues bien, aquel tumulto deplorable se reprodujo anoche en proporciones gigantescas, porque el Gobierno y las autoridades tuvieron la previsión, ni el acierto, ni tal vez el prestigio y la fuerza necesaria para librar al noble pueblo de Madrid de tan repugnante espectáculo.

La violencia, el asesinato!

«¿Qué hombre de sentimientos generosos no siente dolor en su alma?»

España, pueblo de héroes, ¿irás a convertirte en un pueblo de asesinos?

No queremos saber quiénes han sido los agresores y quiénes los que han alentado la impunidad o no la han impedido; no entra en nuestro propósito descender a detalles, que en nada podrían atenuar la gravedad de los hechos que Madrid enteró ha presenciado, y que la población toda había previsto hace tiempo en vista de la sorprendente impunidad de otros análogos.

Bástenos saber que ha habido víctimas.

Bástenos saber que se ha atacado los derechos individuales.

Bástenos saber que anoche presentaban algunas de las calles más céntricas de esta culta capital un aspecto pavoroso y siniestro; que hubo muertos, heridos y apaleados en gran número, y que muchas personas de ambos sexos, que tuvieron la desgracia de atravesar por las calles en donde tenía lugar aquella batida, pasaron amargas que no consiente la civilización.

Dicesenos que algunas de ellas, apenas vueltas de su sobresalto, se disponen a huir de Madrid, donde ni la ley sirve de amparo al ciudadano, ni las cosas autoridades pueden proteger sus personas, ni la fuerza de la indignación universal garantizar el ejercicio de los derechos individuales.

Testigos que se dicen presenciales aseguran que el sujeto muerto en la calle de Hortaleza fué herido a presencia de varios serenos y de dos agentes de orden público, y que muchos fueron heridos y apaleados delante de dichos agentes de la autoridad; los cuales, no pudiendo evitar tales atropellos, se limitaban al acto humanitario de conducir los heridos a las casas de socorro o particulares, para atender a su curación.

«No resistimos a creerlo.

«¿Puede eso ser verdad? ¿No habrán padecido alguna ilusión?»

Estos actos vandálicos nos deshonran a los ojos de Europa, y se atribuyen a la Partida de la porra, que funciona impunemente hace más de un año, reforzada con nuevos adherentes que todos conocen y designan con sus nombres propios, y que, sin embargo, han encontrado un medio de sustraerse a las pesquisas inconscientes de los tribunales de justicia; pues pasan como un mito a los ojos del entendido y sagaz gobernador de Madrid.

Tal vez el Sr. Rivero, hoy ministro de la Gobernación, tendrá también como un mito o como una invención de las oposiciones la existencia de esa *humanitaria asociación*, pero al menos no tendrá ya razón ni aun pretexto para decir que se le debe la conservación del orden público como alcalde de Madrid y como ministro, puesto que hace más de un año tenemos solo la libertad que nos permite la Partida de la porra, sin más orden y seguridad personal que la que a la misma partida cumple dispensamos.

«¿Hay libertad?»

Pues haya orden.

El sujeto que fué muerto anoche en la calle de Hortaleza es, según tenemos entendido, D. Manuel Azcárraga, agregado que ha sido a la embajada española en Londres, antes de la revolución de Setiembre.

Dicesenos que no era de ideas carlistas.

Los individuos curados de primera intención en la casa de socorro de la calle de Fuencarral se llaman Enrique Torroja de Padilla y Antonio Vazquez; el primero propietario, y el segundo panadero.

Los dos están heridos de gravedad; especialmente el último.

Se dice que hay más heridos en casas particulares.

La Epoca, periódico nada afecto a los carlistas, ha publicado el siguiente notable artículo que ha producido en Madrid y producirá en las provincias y en el extranjero profunda sensación:

«Hasta ahora la seguridad personal había sido respetada en Madrid, y el orden público no había sido gravemente turbado. Esta ventaja llevábamos a las capitales de provincia, en muchas de las cuales, ni la seguridad personal, ni el orden en general se hallaban sólidamente garantidos. Mas a poco que continúan sucesos como los de las dos últimas noches, Madrid nada tendrá que envidiar en punto de alarmas, peligros y violencias a la población de España por gobernada.

Ya en la noche del viernes, la Corredera de San Pablo, donde se ha inaugurado un Casino carlista, fué teatro de sucesos desagradables. Dicesenos que los carlistas, individuos de aquel círculo, se han mostrado un tanto imprudentes y provocadores: no nos cuesta trabajo creer lo primero, porque la experiencia está diciendo que no hay partido que con mayor fruición y más sistemáticamente abuse de las libertades parlamentarias o democráticas que aquel;

a tal punto, que bien puede dársele de que tenga el temperamento necesario a quien se propone traer a España un período de reposo y de silencio. Pero aun cuando el partido carlista, exuberante, algo pueril, demasiado afecto a lo dramático, al ruido y al espectáculo, no merezca el dictado de prudente, parecemos injusto, calificarle de agresor; y en Madrid se compone, en general, de personas de esmerada educación y de garantías sociales, de quienes no puede sospecharse que usen de la fuerza sino para rechazar la fuerza.

Si los socios del Casino carlista, de puertas adentro, han hecho uso de distintivos, ó han dado señales ruidosas de sus antipatías y simpatías, no han hecho bien ello, y se han equivocado creyendo que tales pequeñeces sirven para demostrar entusiasmo y virilidad. Lo contrario es lo cierto. Mas es preciso hablar con verdad y dignamente. Ni en el régimen democrático, bajo el cual vivimos, ni en ningún otro régimen político conocido, una vez abiertas las formalidades que la ley ó disposiciones vigentes señalan para el establecimiento de un círculo de instrucción ó de recreo, tiene ninguna persona de carne y hueso, ninguna entidad que no sea la entidad moral llamada *opinión pública*, ni sombra de derecho para gloriarse de lo que dentro de ese círculo se diga ó se haga. La ley y solo ella, y en su representación la autoridad competente, en la forma establecida, es quien puede traspasar los umbrales del círculo ó asociación, ó para ejercer coacción de cualquier modo que sea sobre la última y sobre sus individuos.

En dos días seguidos, por espacio de muchas horas, han estado en ademán provocativo en la calle donde el Casino carlista se halla situado, grupos numerosos, que han maltratado de palabra a los socios, que han hecho lo posible para provocar conflictos, y que penetrando en el portal de la casa, han despojado a aquellos, sin tener carácter alguno de autoridad, de objetos de su pertenencia, sometiéndolos para esto a un registro indecoroso y humillante, que todo el mundo tiene derecho a rechazar con la fuerza, obrando en justa defensa de su persona y bienes.

Ya en la noche del viernes, a la agresión tumultuaria a las puertas del Casino, siguieron ataques a personas aisladas en puntos lejanos a aquel sitio. Ayer ambas agresiones tomaron, como era muy sencillo y natural prever, un carácter más grave y deplorable. A la puerta del círculo hubo colisiones que produjeron varios heridos, alguno de gravedad, y en una calle algo distante fué asesinado un joven de posición social distinguida, deteniendo el carruaje de plaza en que iba, y descargando sobre él al bajar una puñalada mortal.

Al público madrileño ni a la nación se le dice la verdad. En la prensa y en las Cortes se ha denunciado cien veces la existencia en la capital de una asociación criminal, cuyo objeto es imponer a mano armada y con alevosía penas corporales que llegan hasta el asesinato por opiniones políticas a los adversarios de la situación. Suman ya gran número las víctimas de esa asociación ilícita tolerada por el Gobierno y por las autoridades de Madrid, cuyo pueblo honrado y pacífico nada tiene que ver con aquella. Y sin embargo, las autoridades, que conocen muy bien los hechos a los que nos referimos, de los cuales ninguno ha acontecido en los primeros días de la revolución, no han repugnado el adquirir una especie de complicidad en las *altas obras* de la primera, negando su existencia y sosteniendo que era un *mito*. El *mito* ha encarnado, y lo hemos visto obstruyendo una calle de Madrid y acometiendo a los carlistas, sin respetar a los diputados de las Constituyentes, ni a un individuo de la comisión permanente de las mismas.

Que la autoridad, advertida por los sucesos del viernes; y aun desde este día, tenía el deber de proteger la morada de los ciudadanos reunidos en círculo político, disolviendo los grupos que se formaban en las primeras horas de la noche en la Corredera de San Pablo y asegurando al mismo tiempo la tranquilidad y la libre circulación de los vecinos de aquel barrio, lo ha reconocido el mismo señor ministro de la Gobernación, quien, con la solemnidad que le caracteriza y que con tan triste frecuencia da solemnes chascos a los que se fían de ella, prometió el viernes, según han publicado varios periódicos, a la comisión del Casino carlista que pasó a exponerle sus quejas y a pedirle protección, que aquel círculo y sus individuos serían respetados y amparados. Veinte y cuatro horas después, las provocaciones y las colisiones iban en aumento, y las autoridades intervenían cuando nada tenían que hacer, cuando no podían evitar las heridas y la muerte que señalaron la noche del sábado. El gobernador civil de Madrid, en particular, no ha demostrado la energía, celo y actividad que tanto se necesitan en aquel puesto; y tenemos derecho todos y cada uno de los habitantes de la capital para repetir y clamar que casi no está garantida la seguridad personal, y que la responsabilidad en que ha incurrido patrocinando, aunque sea indirectamente, una asociación criminal que no debe tolerarse ni por un momento en un pueblo culto, y sobre la que ha tendido el velo de un *mito* en vez de demeracrarla y destruirla; tenemos derecho a repetir que esa responsabilidad es abrumadora para la autoridad y para el caballero dotado de buenos sentimientos y de rectitud, como hasta ahora hemos creído, y queremos creer que siguen adormido, al gobernador civil de Madrid y su provincia.

Ni el ministro de la Gobernación ni su inmediato delegado en la capital del reino están, sentimos decirlo, a la altura de su cargo ni de su carácter, ni del ejemplo constante de tolerancia y de respeto a las personas y a las cosas que ha dado el pueblo madrileño. Ahora falta ver si la autoridad judicial del distrito se parece a ese pueblo ó si rivaliza con dichas autoridades. Por este lado, ninguna garantía sólida y digna de aprecio podemos registrar. Lejos de eso, bien puede asegurarse que la intuidad de la acción de la primera en casos análogos, sea cual fuere la causa, explica en gran parte los sucesos y atentados de estos días. Casigo, y castigo pronto y eficaz, por medio de la rigurosa aplicación de la ley es lo que se necesita. De lo contrario,

todos y cada uno de los habitantes de Madrid, políticos ó no políticos, indiferentes ó activos, tendríamos derecho a clamar que aquí las leyes son letra muerta y las garantías ofrecidas por la revolución no pasan del papel; y que al lado del régimen legal, que se aplica como regla, existe un régimen de arbitrariedad digno del África, que se aplica como excepción siempre que la pasión, el interés político mal entendido, el rencor, el miedo ó cualquier otro móvil personal é indigno sugiere a los gobernadores la idea de dejar funcionar el último en tanto que protestan que no conocen ni aman más que al primero.

El Tiempo, periódico moderado, da cuenta del asesinato ocurrido en la calle de Hortaleza, en estos términos:

LA CATÁSTROFE DEL SÁBADO.

Como son distintas las versiones de lo ocurrido el 2 por la noche, vamos a narrar los hechos con exactitud, según los datos que un testigo presencial nos ha comunicado:

«Los sucesos desgraciados ocurridos en la noche del sábado, con motivo de la manifestación anticarlista, han sido varios é incoherentes entre sí, y casi todos ellos debidos al error ó a la fatalidad. Para que no se extravíe la opinión, vamos a dar cuenta exacta a nuestros lectores del episodio que tuvo por fin la muerte del apreciable joven señor Azcárraga.

Era una persona distinguida, que ha servido en el ministerio de Estado, y actualmente estaba agregado a nuestra legación en los Estados Unidos. Hallábase en Madrid accidentalmente, en comisión del servicio, y creemos que acaba de obtener, ó esperaba recibir, un ascenso. Hoy debía salir para Barcelona con una tuya suya. Sus opiniones eran liberales hasta el radicalismo, aunque templadas por su fina educación. Entre él y el amigo que le acompañaba no había afinidad política: sus relaciones eran de pura amistad. El Sr. Bahamonde (D. Miguel) es conocido por sus opiniones conservadoras, tan absolutamente distante del radicalismo liberal como del carlismo. Ni uno ni otro tenían la menor relación con el círculo de esta última comunión política.

Se dirigían en coche, del café de la Iberia a la calle del Rubio, donde frecuentaban una misma casa, y entrando por la de Valverde a la de la Puebla, al llegar junto al Refugio, notaron los grupos y tuvieron la fatal curiosidad de salir del coche para enterarse de lo que sucedía. Desde el momento en que lo verificaron, fueron tomados por carlistas y objeto de malos tratamientos y amenazas. Acogióronse a la protección de la autoridad, que creemos era el Sr. Sierra, segundo jefe de orden público, allí presente; manifestaron quiénes eran, y contestados dicho señor que podían marcharse, pues nada les sucedería, volvieron a tomar su coche, sin lesion alguna por el momento; pero sin que el grupo dejara de perseguirlos.

Así tomaron el coche y volvieron sobre sus pasos hacia la calle de Valverde; pero apenas pasada la de la Ballesta, la turba hizo parar el coche, y abriendo las portezuelas, les mandaron salir. Azcárraga y Bahamonde lo resistieron; pero como comenzaron a sufrir golpes de punta en el pecho, hicieron un esfuerzo desesperado, y absolutamente desprovistos de toda arma y defensa, haciéndose con los brazos puros, pudieron emprender la fuga, perseguidos de cerca.

La turba, para que no pudieran hallar amparo, gritaba: «*Ladrones! a esos pillos.*»

Un sereno trató de atajarles con el chuzo, pero brevemente interpelado de amparo, y hecho cargo de lo que era, les dijo que «*sus piernas les amparasen*»; y le dejó pasar. En la carrera (señalan las once y media) llegaron a la calle de Hortaleza, y embocadura de la de la Reina, Ihan ya sin respiración y sin fuerzas. Vieron abierta la tienda de ultramarinos, núm. 16, y trataron de ampararse en ella, siendo echados «*para que no los comprometiesen*»; y es de lamentar que a la puerta estaban dos individuos que, por el uniforme que vestían, pudieron estimar tenían el deber de ampararlos, y sin embargo, no se atrevieron.

En este momento faltaron del todo las fuerzas al desgraciado Azcárraga. Sus últimas palabras fueron: «*Miguel, no puedo más; que me maten.*» Bahamonde se detuvo para inspirarle el ánimo. «*Un esfuerzo más, le decía, y tomemos aquella tienda.*» señalando otra frente a la calle de la Reina.

Azcárraga no pudo más. La turba llegó y se cebó en ambos. Bahamonde, con gran corazón, alcanzó la tienda, cubierto de golpes y de sangre. El dueño y sus dos jóvenes dependientes le ampararon y salvaron, arrojando personalmente los golpes. La turba pedía la cabeza del refugiado; su amparador se sostuvo en no entregárselo sino a la autoridad. Esta, que llegó a punto, intervino, sacó al cabo de algún tiempo a Bahamonde y consumó la obra de salvación, conduciéndolo a su casa. «*¿Loor a quien tan dignamente ejerció los deberes humanos de la hospitalidad, conservando la vida de un inocente!*»

Horrorosa fué en tanto la escena de la calle. Caido a los pocos golpes Azcárraga, la turba lo trituró materialmente, subiéndole sobre él y casi aplastándole a fuerza de taponazos en pecho, cabeza y rostro, y en todo su cuerpo. Por compasión hubo quien trató de poner término a su agonía, atravesándole por el vientre con un estoque, pero la agonía, aun después de ello, fué larga. Sus postreras palabras dicen que fueron: «*¡Solo siento que me maten los míos!*»

La autopsia no es fácil que haya podido consignar el número de sus lesiones. Personas que han visto el cadáver desnudo, nos dicen que serían cientos, pues todo el cuerpo estaba cubierto de ellas. Curiosos que se acercaron al acto del homicidio, y no pudiéndose contener, hicieron alguna muestra de repugnancia é intercesión, fueron duramente maltratados, a las voces de «*tan buenos serán como ellos, matados.*»

Hasta un sereno, que sin duda trataría de cum-

plir sus deberes, sufrió una navajada tal en la cintura, que le cortó el correa de cuero de que pendía el manejo de llaves de las puertas de las casas, debiendo a esta casualidad la vida.

Tal ha sido, y así puntualmente tendrá que resultar del proceso, que instantáneamente comenzó a instruirse, la catástrofe que ha llevado la alición a dos familias, especialmente la del muerto, familias en quien nadie puede abrigar la menor sospecha de pertenecer a la comunión política que excitaba en aquel momento la ira popular. Tal es y será siempre la justicia de las turbas.

La Nación, después de reconocer en un extenso artículo que los sucesos del sábado en la noche envuelven un ataque gravísimo a uno de los más importantes y legítimos derechos consignados en el nuevo Código, concluye diciendo:

hoy, en vista de la amenazadora gravedad que han adquirido hechos tan reprensibles; cuando se da el caso de que con pretextos más ó menos formales, pero siempre injustificados, se pretende asaltar un edificio, donde bajo el amparo que la ley da al domicilio, se reúnen hombres de cualquier partido que sea, y cuando parece que se trata de decidir a mano armada y en medio de las calles las cuestiones políticas por un puñado de insensatos que de ningún modo hay derecho a confundir con el pueblo de Madrid, el cual, siempre razonable, digno y honrado como lo demostró tan noblemente en los días de la revolución, no puede menos de condenar tales abusos; cuando a tal estado han llegado las cosas, nuestro interés, como el de toda la prensa liberal y revolucionaria, exige que pidamos al Gobierno y a nuestras autoridades que la ley se cumpla enérgicamente, y caiga inexorable sobre los que así comprometen la paz de que el país tanto necesita, y la libertad a tanta costa conquistada.

En El Universal, diario progresista-democrático, leemos lo siguiente:

«A excitación del Sr. Ochoa, diputado carlista se reúne esta tarde la comisión permanente de las Cortes para ocuparse de los excesos a que ha dado lugar la apertura del Casino neo-católico.

Si en esta reunión puede resolverse algo en favor del derecho y de la justicia, nos congratulamos de que se celebre.»

También La Política, órgano de uno de los partidos liberales que más interés han manifestado en el sostenimiento del actual orden de cosas, se expresa en los siguientes términos:

«Como nosotros no concurrimos al casino de la unión liberal, ni a ningún otro, no sabemos si lo que cuenta El Imparcial es cierto, ó si su relato tiene la piadosa intención de designar el casino unionista como punto acometible y digno de ser acometido por los partidarios del mito de la porra.

De cualquier manera que sea (con dolor y vergüenza lo decimos), al cabo de dos años de establecido un Gobierno liberal, hoy se goza en Madrid de menos seguridad personal que en el primer hervor de la revolución triunfante; y si las cosas siguen así, hasta los hombres más pacíficos tendrán que abandonar la capital de España ó que convertirse en guerreros é ir armados de revólvers y trabucos.

«¿Qué ejemplo para las provincias, qué espectáculo para la Europa y qué incentivo para el monarca extranjero con que se trata de coronar el aún no terminado y ya carcomido edificio de la revolución de Setiembre!

Afortunadamente, según nos dice hoy El Parcial, «las autoridades han adoptado las más enérgicas medidas para que no se repitan las deplorables escenas que han tenido lugar con motivo de la apertura del Casino carlista, y casi puede asegurarse que por fortuna ya no tendremos que presenciar escenas como las que con dicho motivo ha presenciado a sus lectores.»

Este casi vale un Perú y no nos permite recordar con plena tranquilidad de conciencia aquello de «al asno muerto, la cebada al rabo.»

Finalmente, El Tiempo, diario conservador alfonsista, inserta entre otros párrafos el siguiente:

«También el Círculo conservador ha estado amenazado; también anoche estuvo rodeado de grupos sospechosos, en actitud siniestra; también los socios se vieron obligados a impetrar el auxilio de la autoridad. El auxilio fué prestado en el grado necesario para que fuese respetado el domicilio, pero no sabemos si en el suficiente para impedir que se repitan los ataques y amenazas.

No dolemos de estos sucesos, por lo que pierde el crédito de la nación y por la zozobra que en la sociedad infunden; no por lo que a nosotros, como partido, nos perjudica, ni menos por lo que al ministerio favorece. Con tales desmanes triunfan moralmente nuestras doctrinas; probado queda que es una ilusión eso de los derechos individuales, única conquista de que la revolución se gloria; con tales desmanes no prolongará un solo minuto la situación su miseria existencia.

No se forja ciertamente en un Círculo como el conservador el rayo que ha de herirle; se cerrará el Círculo conservador, y el rayo caerá si no hay seguridad en la nación y queda deshojada y rota la Constitución del Estado, cuando quiera Dios que suene la hora de los grandes escarmentes.»

DEL GOBERNADOR CIVIL DE MADRID.

DON JUAN MORENO BENÍTEZ, GOBERNADOR DE ESTA PROVINCIA.

» Los señores alcaldes, jefes, inspectores, agentes de orden público y todos los dependientes de m

El crimen ha sido público. Los criminales son conocidos, las víctimas son igualmente conocidas. No hay la menor duda sobre el atentado alevoso. Las calles de Madrid han sido ensangrentadas. Las circunstancias son horribles. El Gobierno estaba prevenido y avisado; no hay disculpa posible; no hay circunstancias atenuantes. La opinión

El gobernador no tiene una palabra de reproba-
ción para los verdaderos delincuentes; no tiene
una palabra de piedad para las víctimas villana-
mente innoadas; no tiene una palabra de con-
suelo para las familias honradas que lloran la des-
ventura, y que llevan el luto en el alma; no tiene
una palabra enérgica en favor del derecho, de
la cantidad, del infortunio, de la rectitud de
justicia.

Estos son los pormenores veridicos de lo asom

Que Madrid no tiene autoridades.»

Imp. de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL